

en parte. A fines de 1274 unos incidentes de frontera habían estado á punto de provocar un conflicto entre franceses y alemanes; un año y medio después estaban en muy buenos términos. En 2 de febrero de 1276 el rey de Alemania rogaba «á su querido amigo el rey de Francia» que tomara bajo su protección la abadía de Orval, situada en tierra del Imperio.

III.—Relaciones con los reinos del Mediodía

Nada hay más confuso que los acontecimientos que siguieron á la muerte de Gregorio X (enero de 1276). Se abandonó una vez más el pensamiento de la cruzada á causa de las diferencias entre los príncipes. En el curso de estas diferencias el gobierno de Felipe III



Sello de Enrique de Navarra

cometió faltas y sufrió desastres. Las fuerzas de Francia, capitalizadas en tiempo de Luis IX, se derrocharon tontamente en aventuras sin gloria, sin provecho y sin salida.

Los acontecimientos ocurridos en 1274 y en 1275 habían llamado la atención del gobierno real hacia el lado de los Pirineos.

En 22 de julio de 1274 murió Enrique III de Navarra, dejando á su viuda Blanca de Artois la tutela de Juana, su hija, que era todavía muy joven. Pero los príncipes de Castilla y de Aragón tenían inteligencias en Navarra y además pretensiones á esta corona; el rey de Inglaterra había solicitado para su hijo, en vida de Enrique III, la mano de la princesa Juana; en fin, las poblaciones de aquel país más que semibárbaro no deseaban más que batirse contra cualquiera que fuese y por una causa cualquiera. El rey de Francia, protector natural de Blanca de Artois y de Juana, no dejó de tomar por su cuenta la causa de éstas; por el tratado de Orleáns (mayo de 1275) Blanca cedió á Felipe III los derechos que ella tenía hasta la mayor edad de su hija, y se desposó á Juana con el hijo segundo de Felipe (que fué Felipe *el Hermoso*). Para administrar y defender á Navarra se nombró á un oficial muy enérgico, Eustaquio de Beaumarchais, senescal de Tolosa.

En agosto de 1275, la muerte de Fernando de la Cerda, hijo mayor de Alfonso X de Castilla, esposo de Blanca de Francia, creó nuevos agravios entre Francia y Castilla. El hijo segundo de Alfonso X, don Sancho,

fué reconocido como heredero presunto de Castilla, con detrimento de los infantes de la Cerda, sobrinos de Felipe III. Las reclamaciones de éste no fueron atendidas. La corte de Francia ofreció un asilo á Blanca y á los partidarios de los infantes.

En 1276, la guerra en defensa de las dos viudas (Blanca de Artois y Blanca de Francia) y de los huérfanos (Juana de Navarra y los infantes de la Cerda) pareció inevitable. Gran revuelta en Navarra, que fué difícilmente reprimida. Desafío del rey de Castilla, que quedó impune; el rey de Francia se puso en movimiento, pero no pasó más allá de Salvatierra, al pie de los Pirineos; la falta de víveres y la mala estación le detuvieron. «Cuando se estaba en tal punto, dice la *Crónica de Saint-Denis*, unos traidores hicieron entender al rey que sería bueno retroceder.» Se retrocedió, en efecto. La opinión pública en Francia quedó cruelmente humillada.

No había nada que ganar en la aventura de Castilla; pero si se decidía llevarla adelante, ya por sentimiento caballeresco, ya para cubrir á Navarra (que después de reprimida la revuelta de 1276 fué gobernada á la manera de una senescalía francesa), era preciso buscar aliados (1). En este caso el aliado que debía buscarse era, sin disputa, Aragón; aragoneses y castellanos se odiaban; los infantes de la Cerda se habían refugiado en la corte de Barcelona; el nuevo rey de Aragón, Pedro III, había sido cuñado de Felipe III. Enemistarse con Aragón era el error más grave que fuera posible cometer. ¿Cómo y por qué se cometió?

Todo se explica por intrigas palaciegas y por las complicaciones de la política mediterránea de aquella época. Durante los primeros años del reinado se había dejado á la reina madre, Margarita de Provenza, en libertad de fraguar, de acuerdo con Eduardo I, rey de Inglaterra, con el rey de los romanos Rodolfo de Habsburgo, con la Borgoña, la Saboya, etc., combinaciones encaminadas á que se consumara en el valle del Ródano la ruina de sus enemigos los angevinos. Ahora bien: ocurrió por una parte que el papa Nicolás III (Orsini) concibió el proyecto, en interés de su política personal en Italia, de reconciliar á Carlos de Anjou con Rodolfo, y hasta de restablecer el reino de Arles en provecho de los hijos de ambos, cuyos derechos se unirían por un casamiento; y por otra parte, que la jo-

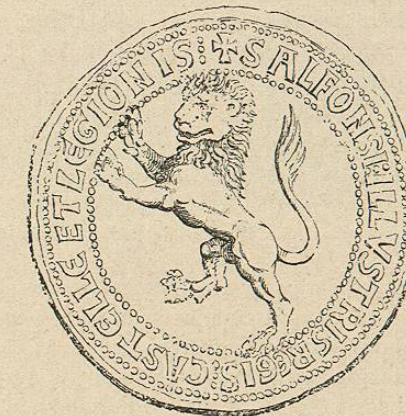
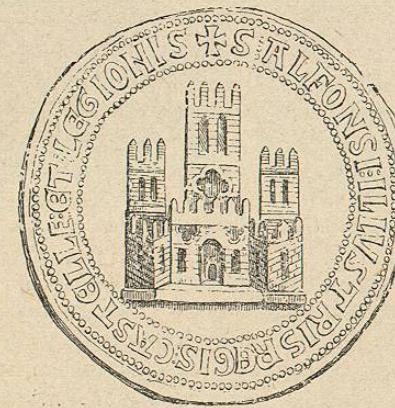
(1) El rey de Castilla los buscaba por su parte, y los encontró. Desde 1275, Aimeri, vizconde de Narbona, y sus hermanos se imaginaron, según parece, que con la ayuda de los castellanos podrían limpiar el Mediodía languedociano de los franceses del Norte. En 1281, Margarita de Narbona casó con el infante don Pedro. Pero el proyecto de alianza no tuvo más consecuencias. Ninguno de aquellos á quienes lo confió imprudentemente el conde de Narbona lo tomó en serio: «Valientes aliados para el rey de Castilla, dice un notario de Narbona, serían los señores de Portel y de Coursán!» Uno de los conjurados, Amauri de Narbona, hermano del vizconde, denunció espontáneamente á París todo lo que había pasado. Se hizo una información; se supo que el conde había manifestado conceptos comprometedores, por ejemplo: «Amo tanto á los clérigos y á los franceses, que para verlos ahogar á todos hasta yo mismo me ahogaría;» pero la prueba material de la traición no pudo encontrarse. En 11 de septiembre de 1274 el rey hizo restituir sus dominios al vizconde. Aimeri de Narbona desempeñó más tarde un papel bastante importante en la corte de Felipe *el Hermoso*. Este incidente se refiere en la *Histoire générale de Languedoc*, X, 1885, pág. 409.

ven reina María de Brabante hizo triunfar en la corte de Francia el partido hostil á Inglaterra y favorable á los angevinos. Margarita perdió á un tiempo la esperanza de satisfacer sus rencores (porque sus amigos del Sudeste la abandonaron sucesivamente) y toda la influencia cerca de su hijo. Carlos de Anjou la venció y se instalaba á la vez como dueño en el valle del Ródano y en París. Mas para Francia la consecuencia inevitable de la intimidad con la casa de Anjou era, en breve término, la riña con los aragoneses, porque el rey de Aragón, por razón de los derechos hereditarios de

judicar á los franceses, de quienes sabía que eran omnipotentes en Roma. Hasta se creyó un momento, en 1285, que les ayudaría en caso de necesidad.

Tenía buenas razones (que no escaparon, según parece, á personas sabias, tales como Mateo de Vendôme) para no substituir una guerra de Aragón á una guerra de Castilla, que se desvanecía por casualidad. Sin embargo, el gobierno real se comprometió pronto y abiertamente en unas querellas que nada le obligaba á hacer suyas.

El papa Martín IV es en parte responsable de lo



Sello de Alfonso X de Castilla

su mujer Constanza, tenía pretensiones con respecto á la Sicilia angevina.

En enero de 1281, Felipe III y Pedro III de Aragón tuvieron una entrevista en Tolosa; síntoma significativo: Pedro III se mostró en ella poco cortés con el representante de Carlos de Anjou. En la primavera del año siguiente, los esfuerzos del desterrado Juan de Prócida, quien, de Castilla ó de Aragón, tenía los hilos de todas las intrigas urdidas en el Oriente griego, en Italia y en España contra los angevinos, produjeron el alzamiento conocido con el nombre de las Vísperas Sicilianas. En fin, algunas semanas después de las matanzas de las Vísperas, se supo en Francia que la flota catalana había vencido á la de Carlos de Anjou y que Pedro de Aragón se había hecho coronar rey de Sicilia en Palermo.

IV.—La cruzada de Aragón (1)

Hacia el tiempo de las Vísperas Sicilianas la guerra con Castilla cesó de ser para Francia una eventualidad amenazadora. En efecto, Alfonso X y don Sancho, el padre y el hijo, empeñaron uno contra el otro una lucha furiosa (noviembre de 1282); el emir de Marruecos y los moros de Granada se mezclaron en ella; Castilla quedó inmovilizada. Después de la muerte de Alfonso X, don Sancho sintió un vivísimo deseo de conseguir que se levantara el entredicho pontificio que se había decretado contra sus partidarios por haber tratado de per-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—M. Amari, *La guerra del Vespro Siciliano*, 1886 (consúltese *Revue historique*, 1883, I, página 135). A. Lecoy de la Marche, *Les relations politiques de la France avec le royaume de Majorque*, tomo I (1892). Baudón de Mony, *Relations politiques des comtes de Foix avec la Catalogne*, tomo I (1896), página 269.

que sucedió. Era de origen francés; había sido consejero del rey; como cardenal de Santa Cecilia, había sido legado en Francia, y fué él quien había dirigido en dicha calidad, durante el año 1264, las negociaciones relativas al asunto del reino de Sicilia; su adhesión á los Capetos de Francia y de Nápoles era ilimitada. Su advenimiento al solio pontificio en febrero de 1281 había sido saludado en la provincia de Romaña, unida hacía poco tiempo al patrimonio de San Pedro, con una explosión de rencores gibelinos. Para ahogarlos había llamado asalariados franceses, quienes, á las órdenes de Guido y de Juan de Eppe, hacían ruda campaña contra las gentes de Rávena y de Rimini, de Imola y de Forli; el rey de Francia le enviaba directamente para esta «guerra de Romaña» hombres y dinero. Un papa de esta índole no debía vacilar en aconsejar aventuras.

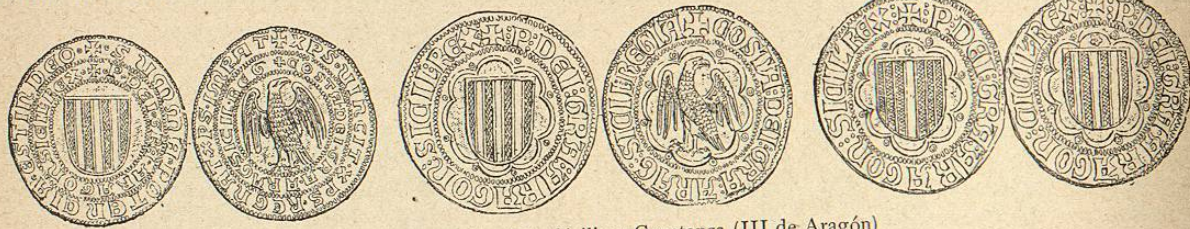
Por otra parte, desde las primeras correrías de Carlos de Anjou en Italia, la nobleza francesa, de la que tantos miembros se habían instalado en aquella tierra, soñaba con paseos triunfales por los hermosos países del Mediodía allende los montes. Una fuerte corriente de emigración se había producido hacia los dominios angevinos de la Italia del Sur. Hasta en Lombardía, en Toscana, eran numerosos los *condottieri* franceses. Al recibirse la noticia de las Vísperas Sicilianas, Pedro de Alenzón, hijo de Luis IX, Roberto de Artois, los condes de Dammartin y de Boulogne, «muchos otros gentileshombres con



Armadura de Felipe III de Francia, según su sello

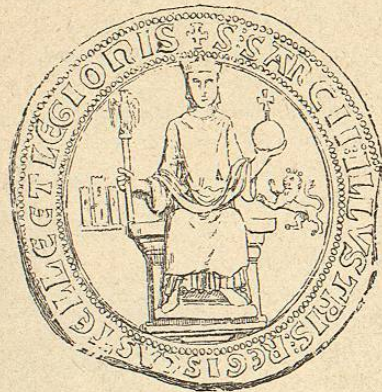
buen número de gentes de á pie,» fueron autorizados para pasar al reino de Nápoles. Así los grandes señores de Francia estaban prontos á meterse alegremente en las aventuras que se les proponían.

En 1283, Carlos de Anjou y Martín IV se concertaron para inducir á Felipe III á que entrara en su asociación, encaminada á contener el renacimiento del gibelinismo en Italia, provocado y dirigido por Pedro III de Aragón. Al principio se trató de un duelo entre Pedro y Carlos, en campo cerrado, en la ciudad de Burdeos. Este romántico juicio de Dios no



Monedas de Pedro I de Sicilia y Constanza (III de Aragón)

llegó á efectuarse; pero Carlos aprovechó seguramente el tiempo que estuvo en Francia en aquella ocasión para exponer sus designios, envolver y convencer. En 21 de marzo el papa había declarado destituido al rey de Aragón y desligado á sus vasallos y á sus súbditos del juramento de fidelidad. El plan de Carlos de Anjou era de hacer ofrecer esta corona, desde entonces considerada como vacante, á un príncipe de la casa de Francia; el ejército de Francia la tomaría y se libraría de los catalanes á la Italia angevina. En resumen, se trataba de recomenzar en Aragón lo que el mismo Carlos de Anjou había realizado en el reino de Nápoles. El ofrecimiento, que era una renovación del que Urbano IV



Sello de Sancho IV de Castilla

había hecho á Carlos en 1262-1263 por mediación de Alberto de Parma, fué transmitido á Felipe III, de parte de Martín IV, por el cardenal Juan Cholet.

Aceptar era reconocer implícitamente á la Santa Sede el derecho de destituir á los reyes. Por este solo motivo Luis IX hubiera rehusado sin duda alguna: había rehusado en análogas circunstancias, para sus hermanos Roberto y Carlos, los despojos de Federico II. Pero la corte de Felipe III, evidentemente tentada, entró en negociaciones.

En noviembre de 1283 se celebró en Bourges una gran asamblea de barones y de prelados para deliberar sobre las proposiciones del papa. En su nombre, el rey

hizo pedir á Roma que especificara el auxilio pecuniario que se concedería por la Iglesia, y las condiciones que se impondrían al conquistador eventual de Aragón; ¿se comprometería el papa á hacer predicar la cruzada contra Pedro de Aragón con las mismas indulgencias que para la expedición de ultramar? Si el rey, sin aceptar para uno de sus hijos el donativo que se le ofrecía, ayudase á la Iglesia contra los aragoneses, ¿gozaría de los mismos favores? Martín IV, como si estuviese cansado de esas tergiversaciones, respondió con bastante viveza. «Y qué, escribe él, he aquí que todo vuelve á

empezar. Ciertamente, no acusamos tu devoción; acusamos más bien á aquellos que, estando á tu alrededor, tratan de impedir por bajo cuerda y con artificios culpables una empresa que desapruéban. Si renunciases á tus proyectos, ¡qué alegría para tus rivales! ¡Qué vergüenza para Francia! Los prelados y los barones del reino se abstendrían de tales consejos, si reflexionaran más.» No dejó, sin embargo, de contestar punto por punto á las observaciones de la asamblea, y hasta de atenderlas, pero con la condición de que el donativo de la corona de Aragón se aceptaría expresamente.

A fines de febrero de 1284 se reunió una segunda asamblea en París. El rey hizo leer en latín, y después traducir al francés, el enunciado de las condiciones que Martín IV imponía á la concesión de los reinos de Aragón y Valencia; después pidió consejo (20 de febrero). El 21, por la mañana, la nobleza y el clero se instalaron en salas separadas en el palacio real. Después de una discusión bastante viva, los dos órdenes se pusieron de acuerdo para emitir un dictamen favorable. Advertido por Simón de Nesle, portavoz de la nobleza, el cardenal Cholet (á quien se debe una relación de todos estos acontecimientos) (1) mandó un recado al rey para que compareciese. Felipe llegó con sus dos hijos, Felipe y Carlos; los prelados se habían mezclado con los barones y además había allí una multitud de gente. En nombre del clero, Simón de Beaulieu, arzobispo de Bourges, fué el primero en declarar que por el honor de Dios, de la Santa Iglesia, del reino de Francia y para utilidad de la fe, creía conveniente que se aceptaran los ofrecimientos y las condiciones de que era portador el maese Gil de Châtelet, notario del papa. El señor de Nesle, en nombre de los barones, dijo en seguida que era del mismo parecer. Después de lo cual, el rey dió las gracias en estos términos: «Me habéis dado un bueno y leal consejo. Por el honor de Dios y de la Santa Madre Iglesia nos encargaremos de este asunto con las condiciones indicadas; aceptamos.» Al día siguiente aceptó para su hijo segundo, Carlos de Valois.

El rey de Inglaterra, que en 12 de enero había roga-

(1) Publicada en los *Federa* de T. Rymer.

do á Mateo de Vendôme que trabajara para la conservación de la paz, fué muy pronto informado de estos graves acontecimientos: «Se ha aceptado el reino de Aragón, le escribió Mateo de Vendôme, por el consejo de los barones y de los prelados; si no se anda con tiento, correrá la sangre.» Otro corresponsal de Eduardo I le escribía al mismo tiempo: «El rey ha mandado sus mensajeros á Roma para confirmar la cosa; en seguida que vuelvan, se predicará la cruzada. No se cree que se vaya á Aragón antes de un año.»

«Después que el rey Felipe se hubo cruzado para marchar á Aragón, dicen las *Grandes Crónicas*, se despidió el rey Carlos de Sicilia.» Volvió á su reino, pero fué para saber allí que su hijo, Carlos de Salerno, había sido capturado por la flota catalana (mayo de 1284), y para morir (enero de 1285). En 29 de marzo de 1285, Martín IV murió también. Los dos hombres que habían sacado el vino amargo de la «cruzada» de Aragón desaparecieron, pues, en el momento en que los franceses iban á beberlo.

La guerra franco-aragonesa de 1285 es la primera guerra de conquista que los Capetos emprendieron fuera de los límites naturales de Francia. Se habían

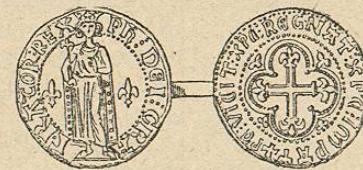
1285 hecho enormes preparativos. El ejército de los cruzados, que entró en Rosellón en el mes de mayo, era probablemente el más fuerte que hasta entonces hubiera mandado un rey de Francia. Pero los jefes no tenían ninguna idea de las dificultades que iban á encontrar: un país áspero, bajo un cielo de fuego, y poblaciones exaltadas. Creían someter á los catalanes como Simón de Montfort había en otro tiempo sometido á los albigenses. Un cronista aragonés, eco de los rumores populares, refiere que el mayor de los hijos del rey, Felipe *el Hermoso*, quien por su madre era de la casa de Aragón, fué uno de los que presintieron y anunciaron el peligro; pero los que veían claro eran pocos: el mismo conde de Foix, que había pasado su vida batallando en las dos vertientes del Pirineo, habría dicho, según

un cronista, que «si el rey Pedro fuese vencido en el primer encuentro, la campaña quedaría terminada.»

El Rosellón, que pertenecía al rey de Mallorca, aliado de los franceses, pero en el que mucha gente había abrazado la causa aragonesa, fué bastante maltratado por la invasión: el saqueo de Elna (25 de mayo) ha quedado célebre en la tradición local. El paso de los Pirineos se realizó por senderos mal guardados. En quince días el ejército bajó hasta Gerona. En 26 de junio empezó el sitio de esta ciudad fortificada, que cubría á Barcelona, y se prolongó hasta el 5 de septiembre. Durante estos dos meses los cruzados tuvieron que sufrir mucho por causa de las enfermedades, de las moscas venenosas y de las guerrillas. Pero en 4 de septiembre el almirante aragonés de Sicilia, Roger de Lauria, destruyó á la altura de los islotes «Las Formigas», cerca de Palamós, la flota al servicio de Francia que aseguraba el transporte de refuerzos y de abastecimientos. El combate de «Las Formigas» fué decisivo. Felipe III cayó enfermo, y se ordenó la retirada á fin de septiembre. En la montaña, á la vuelta, estaban apostadas bandas de almogávares, de arqueros sarracenos y de judíos que saquearon los bagajes. En 5 de octubre los restos del gran ejército estaban en Perpiñán, en el Rosellón, donde murió Felipe III.

En octubre de 1285 capituló la guarnición francesa de Gerona, mandada por Eustaquio de Beaumarchais. Con ello quedó prontamente borrada la huella de ese gran esfuerzo inútil, que costó á Francia, no sólo dinero y sangre, sino que también algo de la fama de equidad que San Luis había adquirido.

En resumen, el principal resultado de las expediciones de Felipe III contra el condado de Foix, Castilla, Navarra y Aragón fué, justificándolo con las numerosas convocatorias militares y las considerables recaudaciones de dinero, preparar el país, clero, nobleza y pueblo para las grandes exacciones generales del tiempo de Felipe *el Hermoso*.



Moneda de Felipe el Atrevido